DOCUMENTOS

‘‘La Endiablada,’’ Relato Peruano Inédito Del Siglo XVII*

Para remontarse a los orígenes de la narrativa hispanoamericana se suelen considerar obras del siglo XVII como *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado* (1620), continuadora de la tradición pastoril europea, y los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), entroncada con la picaresca peninsular. Estudios recientes amplían los horizontes de esos orígenes.¹ En uno de los dos volúmenes pertenecientes a la biblioteca de Juan de Solórzano Pereira (1575-1655), descubiertos por Antonio Rodríguez-Moñino, se halla ‘‘La endiablada,’’ composición narrativa de Juan de Mogrovejo de la Cerda, que este erudito bibliófilo calificó como ‘‘la primera ficción novelesca’’ escrita en el Perú.² Este importante hallazgo marca un hito en el estudio de las tempranas obras narrativas hispanoamericanas por una serie de razones que merecen estudiarse cuidadosamente. En el histórico relato peruano el autor se desdobra en dos personajes bien trazados y hace una seria crítica social de un ambiente americano y urbano, que nos ofrece anticipos a desarrollos literarios posteriores. Además, ‘‘La endiablada’’ revela que en las Indias

* El estudio de los manuscritos pertenecientes a la biblioteca de Solórzano Pereira lo realicé con ayuda de un Faculty Research Award de la City University of New York, por el cual deseo dejar constancia de mi agradecimiento. También doy las gracias a doña María Brey de Rodríguez-Moñino que generosamente me permitió trabajar con el MS de esta obra; a Paul Lloyd de la Universidad de Pennsylvania; a José Juan Arrom de Yale University; y a Angel Flores de Queens College, CUNY, por su estímulo y cooperación en la preparación de este trabajo. Partes de este estudio fueron leídas en la sección 6 de literatura hispanoamericana, presidida por Joaquina Navarro, en la convención de la Modern Language Association of America, Nueva York, diciembre de 1974.

¹ Ver Enrique Anderson Imbert, ‘‘La forma ‘autor-personaje-autor’ en una novela mexicana del siglo XVII,’’ *Crítica interna* (Madrid: Taurus, 1961), pp. 19-37; R. Anthony Castagnaro, *The Early Spanish American Novel* (New York: Las Américas Publishing Co., 1971), p. 11; Saúl Sibirsky, ‘‘Carlos de Sigüenza y Góngora,’’ *Revista Iberoamericana*, XXXI (1965), 195-207.

² Antonio Rodríguez-Moñino, ‘‘Manuscritos literarios peruanos en la biblioteca de Solórzano Pereira,’’ *Caravelle*, VII (1966), 93-125. Solórzano Pereira cesó en su cargo de oidor de la Real Audiencia de Lima en 1626; poco después partió para España. Rodríguez-Moñino indica que aunque los vínculos oficiales de Solórzano Pereira con la capital del Virreinato de Nueva Castilla cesaron en 1626, el antiguo oidor mantuvo contacto con el ambiente literario limeño. Los textos incluidos en el volumen en que se encuentra ‘‘La endiablada’’ son casi en su totalidad contemporáneos o poco posteriores a la estada de Solórzano Pereira en Lima. Esto nos permite fechar ‘‘La endiablada’’ c. 1626. En cuanto a su autor, Juan de Mogrovejo de la Cerda, en *Fuentes históricas peruanas* (Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1963), p. 250, Raúl Porras Barrenechea lo menciona como autor de una crónica inédita de ‘‘gran interés’’: ‘‘Memorias de la gran ciudad del Cuzco cabeza de los Reynos del Perú.’’

desde muy temprano se cultivó la prosa narrativa y que al estudiarse la evolución de la prosa hispanoamericana se le debiera prestar más atención al período virreinal.³

La trama de este interesante relato revela su novedosa estructura cuentística. Dos diablos, el chapetón Asmodeo y el baquiano Amonio, intercambian ideas en la oscuridad de conocidas calles limeñas, mientras el autor, don Juan de Mogrovejo de la Cerda, escucha la inusitada conversación diablesca. Asmodeo relata los detalles de su viaje a las Indias y cuán fácilmente gana almas para el infierno. Como Amonio le asegura que en el Nuevo Mundo su oficio acarreará muchas ganancias, el curioso recién llegado lo asedia con preguntas; "La endiablada," entonces, adquiere la forma de un diálogo agitado en el que Asmodeo pregunta y Amonio responde guiado por su experiencia de diablo baquiano. En el curso del diálogo desfilan los varios tipos del mundo virreinal que Amonio juzga dándonos certeras opiniones sobre la sociedad del siglo XVII.

El estudio de "La endiablada" importa en el desarrollo de la prosa virreinal desde un punto de vista cronológico y porque sus personajes nos ofrecen una perspectiva múltiple de la realidad americana que va más allá de la que el narrador-testigo puede brindarnos. En la misma dedicatoria de la obra el autor señala a sus protagonistas: "Vn diablo chapetón y otro bachiano (harto habladores), me occassionaron este discurso, de quien no soy autor sino parlero." Efectivamente, don Juan de Mogrovejo de la Cerda relata un hecho del que ha sido testigo, pero su papel de narrador es claro. En el resto del relato dialogan dos demonios: Amonio y Asmodeo, y son ellos quienes nos llevan por el Nuevo Mundo. Su animada conversación nos permite ver a América y a sus habitantes desde dos puntos de vista: 1) el de un recién llegado a las Indias, y 2) el de alguien que por haber residido en estas tierras durante algún tiempo conoce íntimamente a la sociedad americana y la describe con certeza y colorido. El hasta hoy desconocido autor peruano reafirma su papel de narrador cuando escribe en la dedicatoria a Solórzano Pereira: "Suplico a vuestra merced no se divulge que no les guardo secreto, porque no se recaten y pueda yo oírles en otra occasión." El narrador testigo se convierte en narrador omnisciente porque se da cuenta de ser el "puente" que nos conduce a los protagonistas quienes con vida propia expresan sus ideas y relatan sus experiencias.

Aunque el carácter de Amonio y Asmodeo no está delineado con fuerza, sí notamos un intento de diferenciación que refuerza la característica de chapetón en Asmodeo y la de baquiano en Amonio. Asmodeo es novato en las nuevas tierras: quiere saber más sobre las diferentes ciudades que ha visitado, sobre sus habitantes y sus costumbres. Amonio, sin embargo, es baquiano y ya conoce los trucos de la profesión en América. El recién llegado relata sus aventuras americanas, mientras que el diablo experimentado escucha con curiosidad y paciencia, interrumpiendo la charla con comentarios y consejos. Aunque cada uno tiene una personalidad diferente dentro de la narración, ambos son críticos de la sociedad virreinal. Con todo, la caracterización más notable de la obra es la de don Fuero Pimentel, trazada en el curso del continuo diálogo. El diablo Asmodeo, que ha residido en el cuerpo de don Fuero, le cuenta a su interlocutor que dicho señor es orgulloso y ambicioso. Es un caballero, como muchos de entonces, sin dinero. Tampoco escribe bien, se

³ Ver José Juan Arrom, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1963), pp. 50-55; y del mismo autor "Precursores coloniales del cuento hispanoamericano: Fray Martín de Murúa y el idilio indianista," en Enrique Pupo-Walker, ed., *El cuento hispanoamericano ante la crítica* (Madrid: Castalia, 1973), pp. 24-36; y Roberto Esquenazi-Mayo, "Raíces de la novela hispanoamericana," *Studi di Letteratura Ispanoamericana*, II (1969), 115-120.

enoja por cualquier cosa, miente, no paga las deudas, habla durante la misa, y se levanta tarde. Aparentemente este tipo de cabellero era corriente en el Nuevo Mundo, porque Amonio nos advierte: “Si viene a Lima...tu chapetón, hecho de pícaro cauallero, no le faltarán hartos del mismo suceso, con quien comunique”. También se caracteriza de la misma forma a la vieja devota a quien Asmodeo califica de “Judas de las ynoçençias virginales”. Por el diálogo entre los dos diablos sabemos que esta mujer no vacila en mentir: se acusa de pecados menores cuando ha sido bruja, alcahueta y ladrona casi toda la vida. Asmodeo también se aburre de ella “porque de hipócrita, con la añadidura de mujer, aun el diablo se cansa”.

En la segunda parte de la narración, el diablo baquiano contesta las preguntas del recién llegado. El ambiente americano descrito por Amonio está impregnado de materialismo e hipocresía: las haciendas se ganan con maniobras deshonestas; los mercaderes ambicionan más dinero; los sacerdotes comercian; los predicadores, interesados en lucirse, usan agudezas y conceptos; los ministros son todopoderosos; hay demasiados abogados; los premios van a los que no los merecen; los médicos, con sus horribles recetas y concilios, condenan a muerte a los enfermos; abundan los petulantes, los chismosos y las mujeres ostentosas y pedigüeñas; los galanes son escandalosamente presumidos en el vestir; predomina el deseo de fácil enriquecimiento; y los escritores de talento son despreciados por el público. Considerando lo anterior, Amonio aconseja sabiamente al diablo chapetón: “Yo te aseguro ganancia en el viaje puesto que traes oficio . . . tendrás si en Madrid quatro tribunales, aquí tu corte en qualquiera parte que quisieres”.

El narrador, agudo observador de las costumbres sociales, a través de Asmodeo censura a los fumadores y los califica de “semidiablos” o de “diablos completos” porque echan humo por la boca y chupan lumbre. Y se lamenta de que un auto de fe haya contribuido al comienzo de la desaparición de las tapadas, aunque reconoce su perniciosa influencia. El entristecido Amonio expresa su dolor por las muchas pérdidas en almas que le ha ocasionado la reciente prohibición y nos habla nostálgicamente de las audaces limeñas, capaces de atrevidas aventuras y engaños, protegidas por su curiosa indumentaria: “Ya las mujeres no enamoran tuertas; ya los mantos no son testigos falsos de las caras; ya vnos rostros que con el uelo parecían reliquias, confiesan que aunque no de santos, son güessos; ya otros que los esperauan cielos rrossos en quitando las nuues, los hallan pardos”. También el autor nota la importancia de la honra y el peligro que ella corre en Lima donde todas las horas son “tan peligrosas para matar la honra, como las climáticas para matar la uida”.

Llama la atención la soltura y modernidad del lenguaje usado por este autor del siglo XVII que mezcla la sátira mordaz con referencias picarescas y cómicas aplicables a Lima y a toda Hispanoamérica virreinal. El diablo chapetón se burla de las ansiedades matrimoniales de don Fuero Pimentel y comenta: “Pensso por este camino viuir rico y contento, no adbirtiendo que es la galera del matrimonio la que más forçados tiene”. Amonio nos deja entrever su cariño a los tiempos de las tapadas cuando quejosamente se lamenta: “Ya se acauó lo tersso de las manos, lo brillante de los pies, lo ayroso del cuerpo, lo uiuo del andar, lo despejado del dezir y lo lasciuo del yazer”.⁴ Para Amonio ha llegado la edad del desengaño porque ahora “dicen la uerdad los

⁴ Hubo muchas prohibiciones contra la vestimenta de las ‘tapadas’, pero la moda perduró. Flora Tristán (1803-1844) describe a las ‘tapadas’ que vio en Lima en 1833 en su obra *Pérégrinations d'une paria* (Paris: Arthur Bertrand, Libraire-Editeur, 1838), II, 342.

jestos y hablan claro las hedades''. Las breves y agudas observaciones que el autor pone en boca de sus personajes nos recuerdan el estilo desarrollado posteriormente por Ricardo Palma en sus *Tradiciones peruanas*.

Como "la literatura... no es producto de unos desarraigados intelectualmente y, si queremos conocerla en un sentido histórico, no podemos de ninguna manera prescindir del estudio a fondo de sus precedentes intelectuales",⁵ hemos de resaltar la influencia de la Península Ibérica en las letras virreinales. En "La endiablada" se evidencia la huella de los *Sueños* de Quevedo y del género picaresco por su sátira de las costumbres sociales.⁶ Es interesante notar que Asmodeo comparte idéntico nombre con el diablillo de *El diablo cojuelo* (1641) de Luis Vélez de Guevara (1579-1644). Pero a pesar de que el relato peruano denota el fuerte influjo de las letras peninsulares, lleva un indiscutible sello novomundano. Su localización geográfica, el desfile de diversos tipos virreinales y la descripción de las costumbres prevalentes en Indias, refuerzan su americanismo literario.

"La endiablada" refleja una intensa preocupación social que notamos en la actitud crítica de los protagonistas quienes con acertado y moderno lenguaje juzgan la actuación de los diversos miembros de la sociedad virreinal. Amonio y Asmodeo señalan los defectos de españoles y criollos residentes en América, como de los recién llegados gachupines que condenan en don Fuero Pimentel. Con el obvio propósito de entretener y de criticar, don Juan de Mogrovejo de la Cerda narra un incidente fantástico del que dice haber sido testigo y al hacerlo no usa la primera persona del singular: desarrolla su relato valiéndose de dos protagonistas diablunos. Cuando ellos intercambian sus experiencias en el Nuevo Mundo pasamos del narrador-testigo al narrador omnisciente que presenta la realidad desde diversos ángulos. Esta obra urbana, donde precisamente el paisaje es el gran ausente, confirma la antigüedad de la preocupación social en nuestras letras.

El análisis de "La endiablada" indica que para estudiar el desarrollo de la prosa en Hispanoamérica es indispensable considerar obras seminales del período virreinal porque ellas no sólo llevan la impronta del sincretismo cultural, revelan la estructura social de la época y tratan de los problemas de entonces, sino que cuando lo hacen incorporan el Nuevo Mundo a la naciente literatura, indican las novedades técnicas coetáneas y abren las puertas a la temática americana que aportará una nueva realidad junto con una renovada visión estética. El estudio de la prosa narrativa del siglo XVII conduce a un mejor conocimiento de este período que nos señala las antiguas raíces de la expresión literaria hispanoamericana.

The City College, CUNY

RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ

⁵ Antonio Rodríguez-Moñino, "Sobre poetas hispanoamericanos de la época virreinal," *Papeles de Son Armadans*, XIV (1968), 13.

⁶ Rodríguez-Moñino, *Caravelle*, 122: La obra es "un *Sueño* de Quevedo pero muy gracioso y referente todo él a la sociedad peruana."

f. 1r

LA ENDIABLADA *

Al Dotor Juan de Solórzano Pereira del
gobierno del Rey *nuestro señor* i su
 oydor en esta Real audiencia
 de Lima.

Esta, señor, *que* ofresco a *vuestra merced* se llama “La endiablada”, y puesto que no tiene cosa que no lo sea, no dirá el vulgo por lo menos *que* no corresponde al título demasado puntual. Vn diablo chapetón y otro bachiano (harto habladores), me occassionaron este discurso de quien no soy autor sino parlero. Suplico a *vuestra merced* no se divulge que no les guardo secreto, *porque* no se recaten y pueda yo oírles en otra occasión, de ellos nos libre Dios a todos y guarde a *vuestra merced*.

Don Juan de Mogrovejo y
 de la Cerda

f. 2r

Una noche, la más apaçible de las que en Madrid ofrece Mayo y en Lima diçiembre a la juventud, argos hecho el cielo con mill ojos, la luna más carirredonda que si fuera neçia, biniendo yo de goçarla, tan descuidado como si no trujera dineros, al llegar a la cruz primera de la calle de Tozato, oý hablar a bozes. Sin ber los dueños que las articulauan, diferencié los tonos, estrañé los ecos, y finalmente con ser la una (ora segura según la brujería beata), me adargué con la cruz, puesto deuajo hecho su caluario, estuue atento y conoçí que la conuersación era entre dos, el uno en medio de la calle de los Mercaderes y el otro en los portales de la Prouincia; oýles vn nombre no del calendario, con lo qual y no diuissar los bultos, atestigüé mi presunçión y acreçenté mi miedo.

Pareçiéronme cosas del otro mundo, y el uno sí era, porque uenía de España, ynboqué para mi socorro, vna esquadra de santos, de quien hice cauo a la Virgen de Atocha, crucifiquéme

* Nuestra transcripción conserva la ortografía del manuscrito con las siguientes salvedades: se han resuelto todas las abreviaturas; se han separado las palabras unidas y se han ligado las palabras mal separadas; se han modernizado la puntuación, el uso de mayúsculas y la acentuación, y se ha marcado la tilde sobre la y.

desde la frente hasta la cintura, metí mano a la espada y preuineme para esta auentura, no a fuer de don Quixote pero del Marqués de las Nauas que las tuuo con biuos y muertos. Busqué el rosario, auía olvidádoseme. Arranqué vna bolssa de rreliquias que traía en el braço de una çinta y apretada entre las manos como quenta de perdón, nada rreçando y todo oyendo, me quedé hecho puente de sus palabras, siendo las primeras del que estaua entre las tiendas.

f. 2v -Assí, en fin, Asmodeo, que ueniste en esta flota. Sí, Amonio --respondió el otro-- y por aluacea de todos los que en ella muriesen descuidados. Al punto conoçi que eran diablos, en el ofiçió del uno y en los apellidos de los dos, quando no en los parajes en que estauan, que como no podían comunicarsse de más cerca, por no atrauessar delante de la cruz, les hera fuerça hablar tan rreçio.

Cuéntame -- dixo Amonio-- tu biaje. Oye -- rrespondio Asmodeo-- Sabrás que *nuestro* ynferral superior, no satisfecho con tantos ceros de almas como uajan a ser sus vassallos en sus grutas, me hordenó biniessse desde España a las Yndias, por tentador general de toda la fraxilidad humana, assí castellana como criolla. Dejé por este ofiçió en Madrid quatro tribunales de quien era yo superyntendente, que me valían cada año de renta ynfinitas almas, situadas en Palacio, que era el primero, en la prouincia, en la uilla y en San Phelipe, que eran los otros tres tribunales. Palacio me daua de las puertas adentro, mil de lisonjeros, dos mil de ynbidiossos, tres mil de maldicientes, y quatro mil de anbiciosos; esto era de la jente granada. Luego, en el patio de la de menor clase, entre litigantes, abogados, procuradores, secretarios, solicitadores y juezes, una gran cantidad y no menor la tenía de estos géneros, con la añadidura de alguaçiles y escriuanos en la uilla y prouincia, y en San Phelipe, de mentirossos, omicidas y fulleros. Esto era lo fixo (aunque lo errante), sin las ganancias al buelo de todo lo demás del lugar.

f. 3r En fin, nombré ministros, embarquéme en la flota. No sauía en qué parte uenir, por no conoçer aún las uidas de los que nauegauan. Y así por no herrar me disimulé en el rrancho del escriuano, dando horden a mis siruientes que se aposentasen en los demás de todos los nauíos, hasta que en el discursso del uiaje se ofreçiesen mejores comodidades, si es que para nosotros las puede hauer más a propósito.

A pocos días de nauegación, y en los soldados tantos rreniegos, en los marineros tantos botos, en los cargadores tan malas yntenciones, que me fui mudando de rrango en rrancho por todo el nauío sin que vbiesse persona que no fuese de mi jurisdicción fuera de vn par de frailes franciscos que uenían por confesores, aunque en todo el uiaje fue el ofiçio más descansado y de menos ejerciçio. Yo tanuién vine oçiosso y poltrón, porque como los uí con tan buena gana de pecar me descuydé pues ellos mismos suplían consigo mis faltas, multiplicando las suyas.

Llegamos a Cartajena, digo al sótano del ynfierno o al ynfierno de la tierra. Halléme bien, y en su calor y leiones de negros, juzgué que los veçinos se condenauan en uida, ensaiándose para no estrañar *nuestra* comunicaci3n y tenple. Después de allí fuimos a Puertouelo, que es el vmbra1 de esta encantada cassa del Pirú, diré audiencia. El tiempo que duró la feria, despaché ministros cuydadossos para que apuntasen los delitos y en ueinte y quatro horas me trujeron tantos, que sola nuestra memoria o la de çien tontos pudieran conprehenderlos. Auían uajado los que llaman encomenderos que nos ayudaron harto en esta ocasi3n para las cossas del Pirú; porque como lleuan poderes de tantos, condenan siempre muchos de una bez. Compraron y vendieron los vnos y los otros, y yo conpré sin bender de los vnos y de los otros. Quedó algún dinero sobrado

f. 3v después a los peruleros, y diéronlo a daño común de tres, del dueño, del que lo toma y de sí mismos, que son los alcagüetes de fe y pecado, que además de ser el más cruel es el más contra la charidad, comprándole o vendiéndole al prójimo su aprieto. Y me admira que siendo tan mentirosos que confirman la tranpa llamándola trato; al logrero, mercader; a la gançua, bara de medir; al pesso falso, fiel; al hurto, ganancia; al engaño, baquía; al jurar falsso, amistad; a la malicia, estratajema; llamen al daño, daño.

Bine a Panamá, prima hermana de Cartajena, por el camino digo, por el despeñadero, a quien unos llamauan de ángeles y otros de diablos. Y todos tenían rrazón porque sólo diablos, o ángeles podían pasarle. Yba yo en el cuerpo de un chapetón tan soberuio y desbaneçido, que entranuos estáuamos aforrados en lo mismo. Auía en Panamá, como suele, barata de Dones. Ynformóse de los apellidos del Pirú, y como oyó de todos los de España (sean çiertos o apóchrifos), parecióle que auía pocos de este y llamóse Don Fuero Pimentel, y no se contentó con menos que con no poderse cassar con el Conde de Venaunte sin dispensa. Uien finxió que uenía por vna desgraçia, como si dejar a España fuera dureza. Añadió a esto mi ipóchrita de la cauallería, el sauer de memoria la copia de los Duques, el calendario de los Marquesses y la letanía de los Condes. Guardaua todos los mandamientos de la cauallería moderna. El prim^{ero} porque no beuía vino; el segundo porque no escriuía bien, que está en rreputación de uajeça; el terçero porque tenía azares de qualquier cossa, y esto de ser azaneros está uedado a los de menor esphera, el quarto porque mentía; el quinto porque no pagaua las deudas, y esto demás de ser comodidad en los que señORIZAN, es ya costumbre aun en los pleueyos; el sexto porque no obedecía al sesto; el séptimo porque oña missa en pie; el otauo porque la parlaua toda, que en fin entre los caualleros no se a de dezir callar como en misa sino hablar como en missa; el noueno porque se leuantaua tarde; el décimo porque ueuía frío o lo desseaua, que lo primero era ynposible en Panamá.

f. 4r

Ese último mandamiento --dixo Amonio-- es el de más buen gusto. Y esos diez se ençierran en dos: en ser malquisto y mal cristiano. Si los guardare tu chapetón o otro qualquiera, le llevarás al ynfierno de las señorías y a las penas de las exçelencias, para que los ymite después de su muerte en los trauajos; si acá en su uida en las costumbres. Si viene a Lima (que es vn Obidio en transformaciones), tu chapetón hecho de pícaro cauallero, no le faltarán hartos del mismo suçeso con quien comunique.

Prosiguió Asmodeo. Así quísose cassar en Panamá, porque como estaua pobre sin tener qué vender, ni qué enpeñar y cassarse es la postrera mohatra que a de haçer vn hombre de vien, que más forçados tiene. Ofreçiéronle algunas mujeres rricas. Sin que ni para qué cassóse, en fin, para tenerle por este camino. Y los suegros no se ynformaron más que del nombre; y el hierno más que de la hacienda (cordura de los maridos deste tiempo). La mujer era colérica, la suegra asperísma, el marido soberuio, el padre miserable, los cuñados, cuñados, con que me paresçió que sobraua en aquella casa. Y así dejé a don Fuero aún más endiablado.

f. 4v

Dieron los dos en dos disparates, él en preçiarse de entendido siendo dichosso, y ella en creer que siendo aguda no auía de ser fea. Rrefñían porque quería el uno lo que quería el otro, y aunque parece conformidad ésta no hera sino que quería él mandar y ella tanuién. A pocos días linajeando en la plaça los ociosos, gran gente del vecerro, hallaron que el suegro hauía sido penitente y el

hierno diciplinante. El uno sin morirse con la candela en la mano por ser de aquellos de tan mal gusto que no se rreducen siquiera por no esperar; y el otro con el açote a las espaldas y cassi la sog a la garganta sin cumplir años por gran maestre de poner áuitos en las caras. En esa uenta -- dixo f. 5r Amonio-- hacen noche los casamientos que caminan tan por la posta.

Prosiguió Asmodeo. Assí mudéme al cuerpo de vn clérigo que auía dejado la rrelijión. Mira quẽ saynete para mí que como otros buscan para ospedarse la posada que diçe para caualleros, yo la que diçe para diablos. Enbarcóse mi licenciado en la capitana. Andaua yo cuidadoso de mudarme del clérigo que como esperaua castigo de Dios por lo de apóstata, temía no me cojiesen dentro. Y así entre otros que se confesaron de cumplimiento por la nueva de enemigos, fue vna debota beata, de estas celestinas a lo diuino, más que vn coche a lo humano, más Judas de la ynogençias virginales, y que más ventas an hecho de ellas que de una sobrina hermosa vna tía ynteresable. Esta se confessó y después de ser bruja, alcagüeta y ladrona, lo más de su bida, se acussó de que se lauaua con pan siendo la cara de Dios. Apenas oy el escrupulillo quando me entré en ella, en quien tuue algunos días, y si nos estuuiera concedido fueran para mí de mucho gusto, porque era gran almacén de orançionçitas y conçedía más apariçiones a los simples que la creñan, que vn Papa yndulgençias a los que visitan los templos de Roma. Canséme de la aturdida, porque de hipócrita, con la añadidura de mujer, aun el diablo se canssa.

Fúime al fogón, y como allí benían algunos tan çuçios que tomauan tauaco, alencenderlo me f. 5v ynçensauan con él, y creí que eran semidiablos, y aun enteros, biéndoles hechar humo por la boca y chupar la lumbre, además de *que* el olor es el más correspondiente al del açufre de nuestros perfumes, y el uicio el más cruel y menos disculpable de quantos asquerosamente condenan. Así e llegado a Lima, en cuyos laverintos mucho norte me serán tus advertencias.

Pues escucha --dixo Amonio-- O Asmodeo, que yo te aseguro ganancia en el viaje puesto que traes ofiçio. Que aunque es verdad que no podrán cassarte como suelen a todos quantos vienen aun sin verlos, tendrás si en Madrid quatro tribunales, aquí tu corte en qualquiera parte que quisieres. Yo biuo en este paraje años a, porque se espantó la jente de que vn bueno biesse a vn malo; como si fuera marauilla en calle de comprar y vender. Y así me echaron estas santas mordaças a las bocas, con que me a quedado en medio. Pareçeráte, quando sepas lo que nos ynporta esta calle, que la deue el ynfierno mucho a mi soliçitud. Pues prométote que más deue a su cuydado de los cursantes porque ellos son sus çirineos y se ayudan demasiado, con que uamos a mediar. Haz tu casa de aposento, Asmodeo, en el cuerpo de uno de estos deuotos sin virtud, galanes sin dama, amantes sin festejo, gente amiga de tantalear, a quien con biscochos alquila locutorio; y en fin, hombres que en todo procuran desmentirlo. Entrate, pues, y declárate con él. Háblale con llaneza, díle como estás en su cuerpo y le f. 6r acompaña. Que si fuere discreto (aunque parece ynposible según su profesión), no estrañara tu conpama si rrepara en su entretenimiento, daráte a las manos el alma de su deuota; podrás rrifarla con poco que pongas de tu parte.

Dame notiçia --dixo Asmodeo -- de estas dilatadas prouinçias. Pues pregunta tú --dixo Amonio-- con que todo sabrás lo que gustares. Començaron así las preguntas y respuestas.

P --¿Qué tales son las haziendas de las Yndias?

R --A la primera uida de sus dueños tente en al ayre, a la segunda, salta atrás.

P --¿Podré creerlo quando dicen de alguno que posee crecidas rentas?

R --Lo primero, no creas nada; lo segundo circuncida la mitad como en dote.

P --¿Son bien ganadas las haciendas tratando?

R --Si lo fueran, más desocupado estuuiera el ynfierno.

P --¿Por qué camino e de tentar a los mercaderes?

R --Procurando que lo sean y dejándolos.

P --¿Luego no se rretira el que a ganado lo que le uasta?

R --No porque son amigos verdaderos del oficio (como dicen), hasta la muerte.

P --¿Con qué se granjea mejor hacienda en las Yndias?

R --Con dos baras: la vna de juzgar y la otra de medir. Quiero decir, siendo correjidores o mercaderes (si bien todo es vno).

P --¿Luego, no se diferençian?

R --Sí hacen porque los vnos no tienen tribunal si no es el del consulado que los ayuda, y los otros el de quantas que los destruye.

P --¿De manera que los correjidores son mercaderes?

R --Sí, pero sónlo con título.

P --¿Pues tratan aquellos a quien les es prohiuido?

R --Sólo sé yo que juran de no hacerlo.

P --¿Trata acaso, algún sacerdote?

f. 6v R --Si lo dizes porque Dios no los hecha del templo, ya saues que disimula mucho.

P --¿En qué gastan lo que tienen los que tratan?

R --No sé que gasten más que el tiempo en desear que los otros gasten.

P --¿Ay gente muy limosnera?

R --La primera quaresma te lo dirán los predicadores.

P --¿Reprehenden mucho en los púlpitos?

R --El que no tiene demasiados conceptos ni agudeças, se acoje a este socorro y todo lo uienen a pagar los ViReyes y los ministros.

P --¿Cómo uiuen los que tienen oficios?

R --Como quieren.

P --¿Pueden mucho los ministros?

R --Tanto que los negros suyos que se condenan esperan los sáuados creyendo que los an de soltar aun del ynfierno.

P --¿Qué ganancia tendré de algunos correjidores?

R --La misma que de algunos dotrineros.

P --¿A los superiores tiénenlos amor o rrespeto?

R --Miedo.

P --¿Ay muchos abogados en la rrepública?

R --Abogados de anillo con sólo el nombre, hartos.

P --¿A los abogados buenos estímanlos con estremo?

R --En ninguna parte estiman ya a los doctos demasiado.

P --¿Dáles a los sauios la fortuna muchos vienes?

- R --No, porque como mujer en fin nunca elije lo bueno.
- P --¿Pues qué a de hacer el que quisiere premio?
- R --No mereçerle.
- P --¿Ganan mucho los médicos?
- R --Bien les ua con sus sentençias y conçilios.
- P --¿Por qué llamas a sus recetas sentençias y a sus juntas conçilios?
- l. 7r R --Porque con ellas, y en ellos, condenan a muerte.
- P --¿Ay médicos excelentes en la opinión del bulgo?
- R --En essa opinión no hay nada excelente. De más de que como es çiencia de fee, no la creen y temen las esperiencias.
- P --¿Cómo uiuen los procuradores, escriuanos y alguaçiles?
- R --Como en todas partes.
- P --Eso es en quanto a los hombres, pero en las mugeres me diçen que no ay más que pedir.
- R --Harto se olgaran ellos de que tubieran ellas ese límite, pero en todas las del mundo ay cada día que pedir más.
- P --¿Ay muchos presuntuossos?
- R --Infinitos, cada uno por su rrunbo.
- P --¿En qué lo fundan?
- R --En gala, en nobleça, o en discreción.
- P --¿Quáles son de los presumidos los más enfadossos?
- R --Los de la nobleça, porque los de la gala tienen rreconvençión biéndolos los de la discreción; oyéndolos los de la nobleça de ninguna manera no siendo Lima, Valladolid.
- P --¿En qué conoçere que vn presumido de nobleça no tiene tanta como diçe?
- R --En serlo y en deçirlo, en rreparar en lugares y en escasear cortesías.
- P --¿Como llamaremos a los que rreparan en lugares no siendo en el cielo?
- R --Luzbeles de poquito.
- P --¿Y a los que siguen la reta de la grosería?
- R --Herejes de la vrbanidad.
- P --¿Y a las mujeres poco cortesses?
- R --Bancos seguros para depositar haçiendas.
- P --¿Por qué?
- R --Porque nunca se levantan.
- P --¿Pierde vn hombre o mujer la cauallería por no ser cortés?
- f. 7v R --No, pero niégala y por lo menos les conçederemos que son bien naçidos, pero mal criados.
- P --¿En quanto a los presumidos de la gala, te pregunto si se uisten bien?
- R --Pudieran por lo mucho que todo el año cortan.
- P --¿Tanto murmuran?
- R --De suerte que en Lima todas las oras son críticas, tan peligrassas para matar la honrra, como las climatéricas para matar la uida.
- P --Dejemos esta memoría de quien después trataremos. Dime agora ¿por qué llaman a los Franciscos, Panchos; a los Luisses, Luchos; a las Isauelas, Chauelas, y a las Gerónimas,

Chonbas; y así a los demás?

R --Lo primero por no decir verdad; lo segundo por no nombrar los santos.

P --Díme tanuién el traje de los galanes.

R --No son como en España, monas unos de otros. Cada uno tiene su ley de vestir.

P --¿Pues no dizen que el uestir a de ser al usso?

R --Sí, pero este es el usso de este país.

P --Perdona las digreçiones y dime ¿de *qué* partes consta el ser vno galán?

R --De ser buen cura y buen cocinero, cassando colores y guisando guarniciones.

P --¿Cuál es la mejor gala?

R --La que luce más y cuesta menos.

P --Luego ¿no es gala la tela de oro o plata?

f. 8r R --Es gala como adjetiuo que no a de estar por sí solo, demás de que si lo fuera a los tejedores se les dé graçias, más no a quien las trae.

P --¿Qué tienen por galán presumido?

R --El que es afectado.

P --¿Qué trajes son de las damas?

R --Háuitos de tela uerde, azul, amarilla, encarnada y las demás colores.

P --¿Y qué santos fundaron las rreligiones, de esos háuitos?

R --Los que los traen te dirán a qué deuoción.

P --¿Son muy dadibosos los galanes con las damas?

R --A ellas nunca se lo pareçe.

P --¿Dar los hombres es galantería?

R --No, sino trato y contrato.

P --¿Por qué camino obligará vn rrico?

R --Obidio no dio traças sino a los pobres que a esos otros se las da su dinero.

P --¿Cuál es mayor fineça y muestra de amor?

R --En los hombres dar, en las mujeres no rreçiuir.

P --Comúnmente ¿la jente es liberal?

R --Sí, deue de ser, aunque ay quien saca su librea al año vna bez, como jubileo y no plenísimo, pues aun no dura veinte y quatro oras.

P --Pues, ¿las libreas no se dan para honrra de los dueños y lustre de los seruientes?

R --Sí, pero es esta honrra acá de suerte que se cuenta por ella como por la era de Çéssar.

P --¿Cómo?

R --Digiendo la jente, tres o quatro salidas a hecho después que esto sucedió la librea de Fulano, que es darle tres o quatro años de antigüedad al suceso.

P --¿Hay otro jénero de escaseça?

f. 8v R --Algunas damas se quejan que auiéndolas hecho Dios buenas y sanas, sus dueños, apuros, trapos, las haçen piernas de pobre.

P --¿Las damas salen mucho?

R --Eso preguntas siendo mujeres.

P --Pues, ¿qué disculpa dan?

R --Cortes las vnas, pagando visitas las otras, deuota ganando yndulgençias o por mejor dezir, yendo a ganarlas, pero siempre a lo más lejos.

P --¿Ay galanes de noche en las esquinas?

R --No, porque les parece más rrecato entrar dentro.

P --¿Vsanse tapadas?

R --Ya dio fin, lo que llamauan garauato los antiguos y los modernos garuo. Aquí en vn auto pregonado yaze la cossa en que más perdí. Ya se acauó lo tersso de las manos, lo brillante de los pies, lo ayroso del cuerpo, lo uiuo del andar, lo despejado del dezir y lo lasciuo del yazer. Este es el tiempo del desengaño. Ya las mujeres no enamoran tuertas; ya los mantos no son testigos falsos de las caras; ya vnos rostros que con el uelo parecían reliquias, confiesan que aunque no de santos, son güessos; ya otros que los esperauan çielos rrassos en quitando las nuues, los hallan pardos, aun quando están más rrassos; y, en fin, ya dicen la uerdad los jestos y hablan claro las hedades.

P --En quanto a la discreçión, te pregunto, si ay bien entendidos.

R --Ynfinitos, pero no hiçieran falta.

P --¿Por qué?

R --Porque los demás que lo son los odian y generalmente no los estiman.

P --¿A qué género rreduçen los entendidos?

R --A cultos, críticos y poetas.

P --¿Quiénes son los cultos?

f. 9r R --Los leydos humanistas que hablan y escriuen bien y sucinto.

R --¿Y los críticos?

R --Los que además de tener esto, hablando mal, hablan bien.

P --¿Y los poetas?

R --Los menos porque no es poeta el coplista.

P --¿Qué partes a de tener el buen poeta?

R --Casi diuinas.

P --¿Pues, qué a de ser?

R --Científico en todo.

P --¿Quál es la mejor poessía?

R --Para los legos la más fácil, para los doctos la más leuantada.

P --¿De los cultos, qué tantos ay en Lima?

R --Muchos, y aun no ygualan al número de los críticos porque todo lo que saue a mordaz se apeteçe mejor.

P --¿Qué tanto se murmura?

R --No tratan de otra cossa con que vienen a tratar de todas.

P --¿Pues no ay amigos que defiendan los suyos?

R --No. Y para que no me preguntes más en esta materia, saue que no ai acción, ni aun locuçión agena que les pasesca bien. Todo lo muerden, todo lo censuran, todo lo condenan, y todos se condenan. Los cursantes de esta universidad, que así la llamo por los muchos que la frequentan, y en esto de amistades no se usan, Pythias y Damones, Pylades y Orestes, ni Eneas y a Hacates.

P --¿Por qué camino suelen ser presuntuosos los poetas?

R --Pagándose demasiado de sus poemas y creyéndolos superiores siendo tal vez bucólicos.

P --¿Y los coplistas?

R --Esos fundan su aplauso en ser bufones del bulgo, haciendo vn sonetico a cada acción de sus superiores en ynjenio y calidad.

P --¿Y cómo llaman a esas poesías?

R --Con poca rraçón, sátiras, con mucha, liuelos.

P --¿Con qué granjearán en las Yndias los que fueren poetas más estimación?

f. 9v R --Con no serlo. Teniendo en su coraçón gran contrición de hauerlo sido y propósito executado después de no serlo más.

Entonces --dixo Asmodeo-- parece que amanège; díme antes que uengan a oyrnos, qué es esto de conpadres y de qué siruen. No as de preguntar --dixo Amonio -- sino qué es esto de partos y de qué siruen. Pues dímelo --rreplicó Asmodeo, -- Haue pues, vn parto de enparentar las cassas, desenpedrar las calles y cansar los cauallos. Ea --dixo Asmodeo-- pues con la venida del día se rrecupera el mundo en exercicios, a los suyos bien la jente. Esta noche podremos comunicarnos, que estaré más experimentado. Está --dixo Amonio menos preguntador-- que como uienes de la corte en todo señoriças, y así no sólo me as preguntado noticias, sino difiniciones.